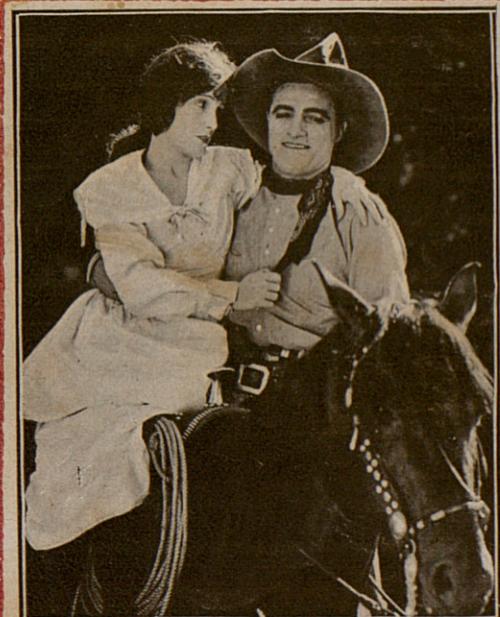


LA NOVELA FILM

N.º 12

30 cts.



EL INDOMADO

La Novela Film

Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila
Urgel, 7. - BARCELONA

LA NOVELA FILM

Redacción } Lauria, n.º 96
Administración } BARCELONA

AÑO I

THE UNTAMED 1920
N.º 12

EL INDOMADO

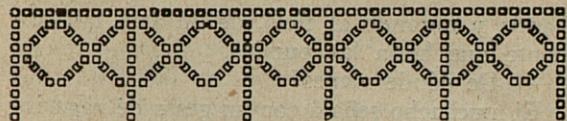
POR
TOM MIX

PRODUCCIÓN:
WILLIAM FOX

CONCESIONARIA:
HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Calle Valencia, 280
BARCELONA





EL INDOMADO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Por la llanura inmensa y desolada del desierto, a través de una ruta polvorienta y tostada por el sol, marchaba cierto día un viajero llamado Cumberland, que se encaminaba hacia el Norte, siguiendo la misma dirección de las bandadas de patos silvestres que emigran en esta época del año.

De pronto, el viajero, sorprendido, detuvo su caballo, y sus ojos se fijaron en un muchacho fuerte y curtido, cubierto de andrajos, que allí, a poca distancia, solo en aquellos lugares inhóspitos, silbaba mirando a lo alto, por donde cruzaban entonces las manadas de patos silvestres.

El viajero descabalgó y acercóse a él.

—¿Cómo has venido a parar aquí?

El muchacho, como si no oyese, siguió sil-

bando y mirando al cielo, de un azul tan brillante que hería las pupilas.

—¿De dónde vienes?

El muchacho señaló con un gesto de vaga indiferencia la soledad que los rodeaba.

—De por ahí...

Y de nuevo su mirada alzóse, perdiéndose en la atmósfera diáfana, mientras los labios seguían produciendo su silbido, un silbido lento, largo y agudo, no muy fuerte, un silbido extraño que parecía venir de todas partes.

—Se está haciendo tarde... más vale que vengas conmigo—añadió el viajero, poniéndole la mano en un hombro.

Al sentir la ligera opresión de aquella mano el muchacho se revolvió y sus ojos miraron con agresividad amenazadora al que así lo trataba.

—¡Demonio!—exclamó inquieto el viajero.
—¡Se le han puesto amarillos los ojos!

Pero, como le agradase el aspecto selvático del mozo y su actitud de fiera independencia, lo invitó a que le siguiese.

—Voy en la misma dirección que esos patos silvestres... Ven conmigo.

Dejó de silbar el muchacho y, lleno de súbita confianza en el viajero, acomodó su paso al suyo...

Algunos años después, Cumberland, ya viejo, aunque fuerte aún, refería a su única hija, Kate, los incidentes de este encuentro.

—Así fué—concluyó el antiguo viajero del desierto—cómo conocí a Dan, “el Silbador”... Lo traje a mi casa y, como sabes bien, lo he educado lo mismo que si hubiera sido hijo mío.

—Pero no tienes en él la misma confianza que tendrías en tu hijo!—dijo con aire de enojo la jovén, que había crecido al lado de Dan.—No le dejas que tenga amigos ni le permites que use pistola... Le tratas como si fuera todavía un niño irresponsable.

—Mis razones tengo—repuso el viejo Cumberland.—Dan es incapaz de hacer daño a nadie, como le dejen en paz; pero si alguien se atreviese a provocar su cólera, ten por seguro que ese muchacho se lo haría pagar muy caro.

—Tú sin embargo, debías tratarlo mejor, papá... No está bien que sea él el único que no puede llevar su arma favorita, como la llevan todos los hombres del pueblo.

Ponía tal pasión Kate en la defensa de su compañero de infancia, que su padre, aunque ya lo adivinaba, le preguntó:

—¿Quieres a Dan?

—Sí—afirmó con entereza la muchacha.

—Pues ten cuidado, Kate. Piensa, antes de entregar tu corazón, que Dan es diferente de los demás hombres... Como su caballo y su perro, es indomable.

Y así era en efecto, Dan. Mientras su protector y Kate hablaban de él, hallábase el joven, jinete en su caballo, solo en el campo, en la

compañía de su perro, mirando delante de sí y silbando como de costumbre. Su sangre bravía parecía sentir la nostalgia del desierto y de las selvas.

Por eso Cumberland, aún queriendo a Dan como lo quería, estaba lleno de recelos y aconsejaba a su hija.

—Te lo repito, Kate... Piénsalo bien. El no es como los demás, y por el color amarillo que adquieren sus ojos cuando se encoleriza estoy seguro de que lleva en sí el instinto de las fieras.

—¡Pero es tan bueno con todos los animales!...—dijo la muchacha tratando de disculparlo.

—No lo dudo, mas recuerda que él educó a su perro "Nerón", inculcándole los instintos más salvajes, y que su caballo "Satán", tiene también un aire siniestro... Quiero a Dan, sin embargo, como si fuera mi propio hijo; pero, ¿puedes tú casarte con él sabiendo la gran semejanza que le une con su perro y su caballo?

—Le quiero, papá... y eso es todo lo que puedo decirte—insistió Kate.

—¡Qué le vamos a hacer!—exclamó, resignado, el viejo.

Y como advirtiese la expresión triste de su hija, añadió:

—Bien sé que nada te hará retroceder en tu cariño, y como lo sé, he comprado, pensando

en vosotros, la taberna de Morgan, que mañana, al ponerse el sol, se cerrará para siempre.

Kate besó a su padre llena de agradecimiento y salió, al oír las pisadas del caballo de Dan.

Sorprendió a su amigo quitando la montura a su caballo, el cual, al ver a la joven, abrió las quijadas con un relincho poderoso. También su perro le mostró sus mandíbulas, erizadas de agudos colmillos. Kate se asustó y Dan calmó a las bestias, obligando a "Nerón" a tenderse a los pies de la muchacha, cuyas manos retuvo entre las suyas un momento.

—¿Tienes miedo?—le preguntó él.

—A tu lado, no; pero a veces temo que "Satán" o "Nerón" me hagan daño.

—Es que me quieren mucho—replicó Dan—y se irritan cuando ven que alguien se acerca a mí.

Kate apoyaba la cabeza en el pecho fuerte de su amigo, confiando en él, segura de tener en el protegido de su padre el mejor de sus defensores.

Se querían desde que se conocieron; pero hacía poco tiempo que su cariño revistiera la forma apasionada del amor.

Al día siguiente, la taberna de Morgan, cuyas paredes podrían relatar más de una tragedia y que conservaban aún el recuerdo sangriento de más de un asesinato, debía cerrarse, pasando a ser propiedad de Cumberland.

Horas antes de cumplirse el plazo, llegó al

pueblo, huyendo de los lugares de sus antiguas fechorías, un temible bandido, de nombre Juan y de apodo "el Callado".

Había dado cita en la taberna a dos miembros de su cuadrilla, Kilduf y Purois, con los que fué a reunirse.

—¿ No ha venido Haines todavía? —preguntó a sus subordinados.

No tardó mucho en presentarse Haines, el brazo derecho de "el Callado".

—¿ Qué hay de nuevo? —le dijo su jefe al verlo.

—El que compró la taberna a Morgan, se la pagó en onzas de oro ayer por la tarde; de manera que el dinero aún debe estar aquí.

—¡ Magnífico! —exclamó "el Callado".—Ahorra, atención y ya veremos lo que conviene hacer...

Se interrumpió al oír que el dueño de la taberna decía a sus clientes:

—Apuesto doscientas cincuenta pesetas a que no hay aquí ninguno capaz de pegarle un balazo a un duro a veinte pasos de distancia.

Juan, acercóse al mostrador y dijo en zumba:

—¿ Esa apuesta es chufla o va en serio?

—Hablo en serio y sostengo lo que digo.

—Vamos, entonces, allá.

Todos los que se hallaban en la taberna salieron a presenciar la apuesta, que ganó "el Callado".

—Yo conozco a uno que tira mejor que usted

—dijo el tabernero.—Se llama Dan "el Silbador", y si estuviera aquí, le demostraría cómo se agujerean cuatro monedas mejor que una sola.

—Si quiere el desquite, apuesto mil pesetas a que ninguno de los presentes puede montar mi caballo—retó el bandido.

—¡ Acepto! ... Mi amigo Pete va a montarlo. Pete adelantóse al oír su nombre.

—Quinientas pesetas para ti si logras montarlo—prometióle el tabernero.

—Por quinientas pesetas—declaró Pete—soy capaz de montar un barril de dinamita.

Pero aunque Pete era un gran jinete, fracasó al intentar sostenerse sobre el caballo de Juan, que lo arrojó al suelo y salió huyendo.

—¿ Por qué lo dejaste escapar? —preguntóle "el Callado".

—¡ Mirad a Dan! —dijo alguien entonces.

A unos cien metros de aquel lugar, encontrábase Dan, el cual, viendo huir el caballo, espolleó el suyo, corrió tras él, lo alcanzó, cambió de montura, y, bajo sus muslos de acero, el bruto desbocado sometióse, dócil al mandato de aquel jinete.

—¿ Es de usted? —preguntó al bandido.

"El Callado" miró con despecho a este mozo impasible que acababa de humillar su orgullo y de hacerle perder la apuesta.

—¿ Quieres disparar unos cuantos tiros, Dan?

—Bueno—contestó con indiferencia, aceptan-

do la proposición del tabernero, el cual, dirigiéndose al bandido, añadió:

—Si quiere el desquite, aquí tiene el hombre de que le hablaba.

—Acepto, pero con una condición: la de que he de ser yo quien eche las monedas al aire.

“El Callado” ofreció su pistola a Dan, quien, después de examinarla un instante, la rechazó.

—Su pistola no está limpia, amigo... y un arma sucia no dispara.

—¿Alguno de vosotros quiere prestarle una pistola a Dan?—preguntó el tabernero a sus clientes.

Todos ofrecieron sus armas al compañero de Kate, que eligió la que le pareció mejor.

Y otra vez tocóle perder la apuesta a “el Callado”, pues Dan, a pesar de las malas mañas del bandido, que arrojó las monedas a poca altura, agujereó, rápidamente, una tras otra, las cuatro.

Kate presenció de lejos la apuesta y corrió viendo a su amigo.

—¿Qué haces aquí?

—Nada... Estaba pasando el rato con estos muchachos.

La joven dirigióse entonces al tabernero.

—Usted le prometió a mi padre que los hombres no llevarían hoy armas.

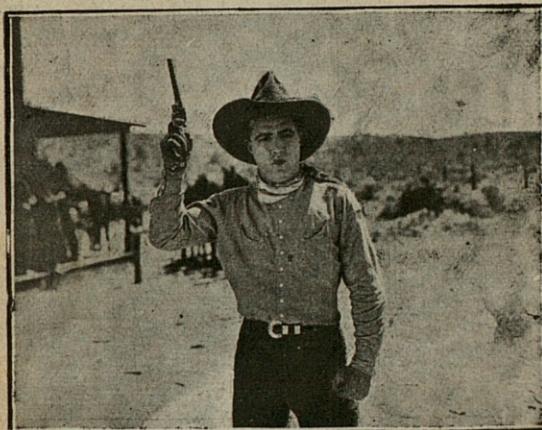
—Es verdad, señorita, lo había olvidado...

Pero ahora mismo lo arreglaré.

Volvióse a sus clientes, y les dijo:

—Le prometí al padre de la señorita Kate que hoy nadie llevaría armas. Hagan, pues, el favor de desprenderse de ellas.

Todos, incluso los bandidos, acataron la orden, y las pistolas fueron trasladadas en un cajón al interior de la taberna.



...Dan, a pesar de las malas mañas del bandido...

“El Callado” obedeció como los demás, pero esto, unido al fracaso de sus apuestas, despertó en él el deseo de vengarse de Dan.

—¡Es mucha insolencia!—dijo a Haines.—Mas ahora verás.

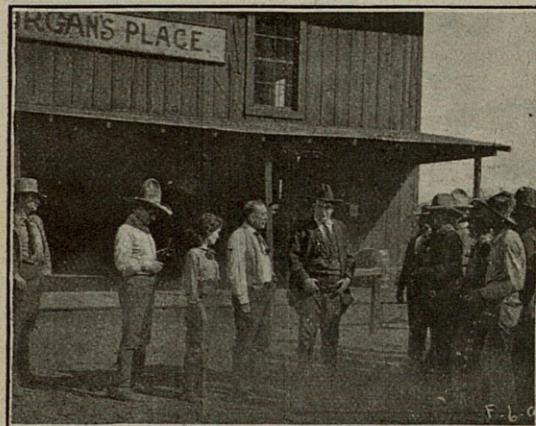
—Dió unos pasos hasta Dan.

—Venga dentro... Deseo invitarle a una copa.

Dan se encogió de hombros.

—Como quiera—dijo.

Viéndole dispuesto a entrar y presintiendo



—Le prometí al padre de la señorita Kate que hoy nadie llevaría armas.

alguna desgracia, Kate rogó a su amigo:

—¡No vayas, Dan!

—¿Por qué no?... Es un amigo.

La apartó suavemente y siguió al bandido al interior de la taberna, en la que también entraron todos, excepto Haines.

Kate habíase quedado sola.

—¿Puedo servirla en algo?... Me llamo Lee Haines.

Kate lo miró agradecida.

—¿Quiere usted, entonces, hacerme el favor de cuidar por que no le pase nada a Dan?... Es la primera vez que entra ahí...

—Tranquilícese usted, señorita... No le pasará nada—prometió Haines, seguro de lo contrario.

Y sonrió a Kate, complacido de que ella le escuchase.

II

Dentro de la taberna, Dan y “el Callado” se hallaban frente a frente, rodeados por la curiosidad de los que los habían seguido.

—Siéntese—ordenó el bandido.

Y Dan volvió a obedecer.

—Tráigame una copa.

Dan dirigióse al mostrador y llevó a “el Callado” lo que le pedía.

Había algo de anormal en esta sumisión de aquel mozo fuerte e indomable. Nadie se explicable las razones de su humilde conducta.

El bandido tenía en las manos la copa y miraba a Dan. Súbitamente, arrojóle el vino al rostro.

Parpadeó angustiado el protegido de Cumberland y, apenas repuesto de su sorpresa, el

bandido, de un golpe en pleno rostro, lo arrojó al suelo.

Levantóse Dan, afirmó los pies en el suelo y miró a su enemigo. Entonces todos pudieron ver la transformación que se realizaba en sus ojos, cuyas órbitas se dilataban enormemente, mientras del iris irradiaba, cubriendo la córnea, una luz amarilla que titilaba dando un reflejo amedrentador.

Dan fijó sus temibles ojos en "el Callado" y permaneció inmóvil, con el rostro rígido. Luego avanzó hacia él y, dando un salto de tigre, se le enroscó al cuerpo.

La lucha se desarrolló desde aquel instante de una manera bárbara y sangrienta. La corpulencia del bandido era muy superior a la de Dan; pero éste no lo advertía y multiplicaba sus golpes, certeros siempre, aún cuando cada uno de los de su contrario le hacía vacilar.

Cambiando el terreno, los dos rivales se corrieron hasta la trastienda.

Nadie se atrevía a intervenir; la lucha era de hombre a hombre. Tres veces había caído Dan bajo el puño de su contrario, y las tres veces se levantó.

"El Callado" empezaba a perder sus fuerzas; mas su superioridad era incontrastable.

En aquel instante, Haines, previendo el desenlace, entró en la taberna, cogió, sin que nadie lo viese, su revólver y los de sus compañeros, y pasó al lugar donde seguía la lucha.

La curiosidad de los espectadores no les permitió darse cuenta de la maniobra de Haines, quien puso las armas en las vainas de de cuero de sus camaradas.

Se acercaba el fin de la lucha. Dan había vuelto a caer, mientras "el Callado" jadeaba, apoyándose en el muro, con las fuerzas casi agotadas, pero procurando sostenerse con un esfuerzo supremo para defenderse de la amenaza contenida en los ojos amarillos de su contrario, que seguían mirándole...

El amigo de Kate pudo aún levantarse y arremetió desesperadamente contra el bandido, mas su energía quedó anulada por un último golpe de "el Callado", que le derribó, llenándole el rostro de sangre y de sombras el pensamiento.

Y ahora Dan ya no pudo levantarse.

Le dejaron allí, porque los bandidos, sacando las pistolas, obligaron a retroceder hacia la taberna, a los curiosos.

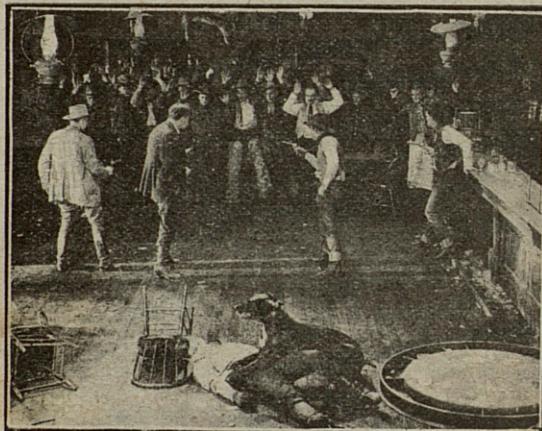
En seguida se apoderaron del dinero que Cumberland había dado a su dueño, por la compra de la taberna, y salieron, montando en sus caballos y desapareciendo camino de las montañas.

—¡Mil pesetas al que les eche el guante!— ofreció el tabernero.

Todos los hombres, después de recobrar las pistolas, corrieron en busca de sus caballos y lanzáronse en persecución de los bandidos.

Poco después llegaba Kate a la taberna y encontraba a Dan como muerto. La muchacha arrodillóse a su lado lanzando gritos de angustia.

—¡Dios mío!... ¡Dan!... ¡Querido Dan!... ¡Háblame!...



...Dan ya no pudo levantarse.

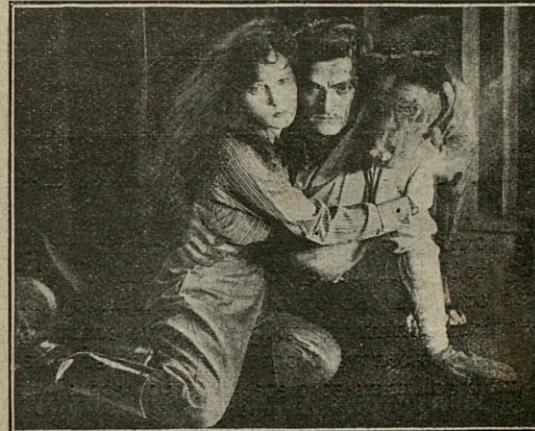
El herido, apenas si abrió los ojos, para cerrarlos otra vez. Kate pensó en ir en busca de su padre.

—Voy a llamar a papá para llevarte a casa— le dijo sollozando.

Mientras tanto, proseguía la persecución de

los bandidos. "El Callado" logró burlar a sus perseguidores ocultándose en unas malezas y, cuando los vió pasar, retrocedió hacia el pueblo con un brutal designio.

Apeóse cerca de la taberna y, cautelosamente, curioseó a través de una ventana. Allí seguía



—¡Dios mío!... ¡Dan!... ¡Querido Dan!...

Dan sin haber recobrado el conocimiento; su perro, "Nerón", rondaba a su alrededor gáñendo y limpiando la sangre de su rostro con lengüetazos ávidos de producir manifestaciones de su vida en aquel cuerpo desvanecido.

—Jamás volverán esos ojos amarillos a ame-

nazarme con su mirada homicida!—exclamó “el Callado”.

Y, cogiendo hierba seca, la amontonó y prendióle fuego.

En seguida, montando otra vez a caballo, alejóse hacia la sierra.

Kate y su padre, que se dirigían entonces a la taberna, detuvieron aterrados. Inmensas columnas de humo, por entre las que reptaban las llamas, elevábanse de la casita en la que se hallaba Darr. Con un impulso heroico, la muchacha quiso acudir en su socorro. Pero todo intento de salvación era ya inútil, y Cumberland hubo de recurrir a todas sus fuerzas para contener a su hija.

—¡Déjame, padre!

—¡Kate, por Dios!

Y allí se quedaron el viejo y la joven, unidos en un abrazo de desesperación, hasta que la taberna, convertida en pavesas, les quitó toda esperanza.

La muchacha no pudo resistir más tiempo su inmenso dolor, y cayó desmayada en los brazos de su padre.

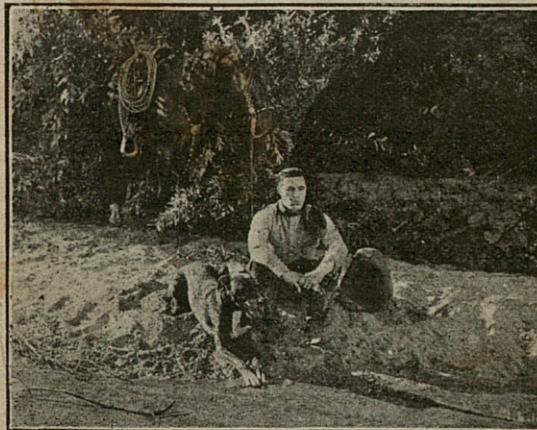
Al alba, los perseguidores de los bandidos habían quedado muy atrás, completamente desorientados.

De pronto, “el Callado” despertó con sobresalto y llamó a Haines.

—¿Oyes ese silbido?—le preguntó.

—Es Dan... que viene detrás de ti—contestó Haines medio en broma y medio en serio.

Sin embargo, era verdad. Sentado al borde de un riachuelo, no lejos de los bandidos, encontrábase Dan, sin huellas en su rostro de la lucha del día anterior.



Sentado al borde de un riachuelo...

Recordaba en aquel instante cómo se había salvado del fuego, gracias a su caballo y a “Nerón” porque él, aún cuando el humo lo hizo volver en sí, no pudo levantarse. Pero entonces el perro salió, dirigióse a donde se encontraba atado el caballo, deshizo con los dientes el

nudo de la cuerda que lo sujetaba y guió a "Sátán" a la taberna, y fué "Satán" el que lo sacó de allí, arrastrándolo con sus patas.

Ahora el joven silbaba, como si quisiera prevenir de su presencia a los que perseguía.

"El Callado" parecía turbadísimo.

—Hay una manera de deshacerte de él—le propuso Haines.

—¿Cuál?

—Déjame a mí la muchacha.

Dan oyó rumor de pasos y se ocultó. A través de las ramas de unos árboles distinguió al sheriff, Tex Calder, uno de sus pocos amigos.

Salió de su escondite y lo saludó.

—Vengo en busca de "el Callado" y de su gente—explicó el sheriff.—Han sido los que ayer robaron a Morgan.

—¿"El Callado?"—preguntó Dan.—Sheriff, ese hombre me pertenece... ¿Quieres prestarme una de tus pistolas?

—Toma, pero no te precipites... Escucha primero el plan que tengo para hacerlos caer.

Mientras los dos se ponían de acuerdo, Haines llegaba a casa de Cumberland y decía a Kate:

—Dan "el Silbador", va persiguiendo a "el Callado"... Si quiere usted impedir que haya una muerte, persuádale a que regrese al pueblo.

Kate abrió los ojos, dudando de lo que oía.

—Pero... ¿Dan vive?

—Ya lo creo que vive... Como que le oí silbar. Venga usted conmigo y podrá tráerselo.

Feliz al imaginar la alegre sorpresa que causaría a su padre regresando con su novio, Kate no se despidió de él, marchando con Haines hacia las montañas, donde se reunieron con los



—Toma, pero no te precipites... Escucha primero...

patibularios amigos de "el Callado", sin que su presencia arredrase a la joven.

Llegó la noche y todos permanecieron despiertos, esperando oír las notas inconfundibles del silbido de Dan. Poco antes de amanecer,

rompiendo de pronto las mallas del silencio, sonó el silbido con que Dan llenaba su soledad.

—¡Es él!—exclamó Kate levantándose.

“El Callado” propuso a sus hombres, sin que Kate lo oyese:

—¿Queréis el caballo y el perro de Dan?... Pues entonces seguiremos a la muchacha, y yo me encargo de matar a “el Silbador”.

Haines y Kate se adelantaron y, guiados por el silbido, descubrieron al joven. Ella, al verlo, se abalanzó a él.

—¿Eres tú, Dan?

“El Silbador” distinguió a Haines, lo amenazó con su revólver, y preguntó a Kate:

—¿Qué haces aquí... con él?

—Haines fué el que me dijo dónde podría encontrarte.

Una duda espantosa entenebreció el ánimo de Dan.

—¡De modo que me has traicionado!... ¡Tú!...

Y antes de que ella pudiera explicarse, su amigo desapareció en la espesura, burlando a “el Callado” y a su gente.

—Mejor—dijo “el Callado”.—Con eso ya nos lo quitamos de enmedio... Pero tenemos que quedarnos con ella para que no hable... y aún es posible que sus servicios nos sean útiles.

La muchacha dióse cuenta del peligro que corría; pero ya era tarde para librarse de sus

raptadores, quienes, sin hacer caso de sus gritos, se la llevaron consigo.

Dan, que había vuelto a reunirse con el sheriff, preguntaba a éste con íntima desesperación:

—¿No hay, pues, ninguna mujer digna de



“El Silbador” distinguió a Haines, lo amenazó...

confianza en este mundo?

Calder movió la cabeza denegando, y el joven añadió:

—Dije que odiaba a un hombre... Ahora odio a otro más: ¡Haines!

Al mismo tiempo, "el Callado" llegaba con los suyos a un rancho donde los esperaban algunos de su partida, a los que encomendó la vigilancia de Kate.

—Guardarla hasta que regresemos—ordenó.
—Haines y yo iremos en dirección contraria.

Ya entrada la mañana, el sheriff dió el primer paso en su empresa de apoderarse de "el Callado" y de su banda, deteniendo a un muchacho que vivía con sus padres en una casita internada en el campo.

—Daniel es uno de los de la cuadrilla de "el Callado", y tengo que llevármelo a presidio—dijo Calder a los viejos padres.

Dan se condolió de la pena de los pobres viejos y aseguró sonriendo:

—No estás preso, Daniel...

—¿Quéquieres decir, Dan?—inquirió el sheriff, estupefacto.

—Hasta mi caballo tropieza de cuando en cuando, Tex—contestó "el Silbador"—pero esa no es razón para que lo venda.

—En consideración a sus padres, lo dejaré que se marche... si me promete enmendarse.

Daniel estrechó las manos de su salvador.

—Gracias, Dan... Le juro que no volveré a andar en malos pasos.

De allí partieron los dos hombres, dejando a sus espaldas el recuerdo generoso de su acción, dirigiéndose a El Ker, donde algunas veces establecía "el Callado" su cuartel general.

Entraron en la fonda del pueblo y pasaron al comedor.

Allí los vió el sheriff de El Ker y una camarera de la fonda, que sabía más de lo que aparentaba.

—¿Quiénes son esos?—preguntó la camarera al sheriff.

—El más joven Dan "el Silbador"... y su compañero es Tex Calder.

Acababan de sentarse a la mesa los nuevos huéspedes, cuando la camarera les trajo el primer plato y dijo al oído de Dan:

—Salga fuera.

El muchacho salió y a la puerta encontró a la que le diera el recado.

—¿Qué pasa?—preguntó.

—"El Callado" está en el segundo piso.

En aquel instante, "el Callado" descubría en el comedor a Calder, al que mataba para impedir que le detuviera.

Haines quedó guardando las espaldas de su jefe, mientras éste iba en busca de los caballos. Con una pistola en cada mano, contenía Haines a la gente. Así lo vió Dan al entrar en el comedor, y, llegando hasta él por la espalda, lo desarmó y lo detuvo.

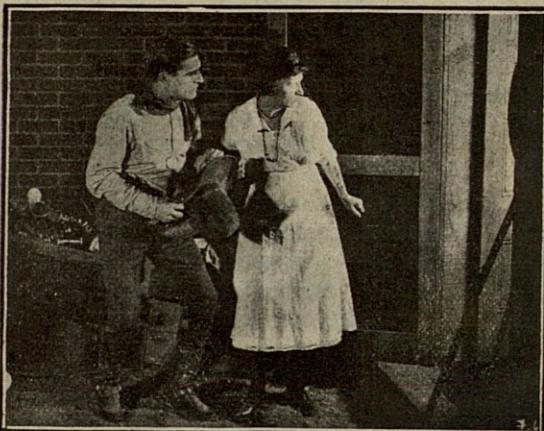
Acercóse en seguida a su amigo, que agonizaba en el suelo.

—¡"El Callado"... me mató!—murmuró el moribundo.—Ahora, Dan, es cuando de veras te

pertenece. Ponte mi insignia de sheriff y apréalo con arreglo a la Ley.

Estas fueron las últimas palabras de Calder, que murió en los brazos de su amigo.

Dan se puso la insignia del sheriff y se levantó. Haines, al que unos cuantos sujetaban, te-



—¿Qué pasa?—preguntó.

—“El Callado” está en el segundo piso.

mió por su vida y, queriendo congraciarse con su enemigo, dijo:

—“El Callado” tiene en su poder a tu novia... Si la quieres, vete a buscarla.

Dan señaló al detenido al sheriff de El Ker.

—Este le pertenece a usted... Yo voy ahora en busca de “el Callado”.

Salió. “Nerón” le esperaba fuera. Dan extrajo de uno de sus bolsillos un recuerdo de Kate y diósela a oler al perro.

—¡Búscalas, “Nerón”! —le gritó después.

Y el perro echó a correr, persiguiendo el rastro de la hija de Cumberland.

En lo más abrupto de la sierra ocultábase el rancho de “el Callado”, lugar maldito donde más de una víctima había vivido secuestrada y otras encontraron la muerte.

En él, encerrada en una reducida estancia, hallábase Kate, y allí la encontró “Nerón”.

Los de la partida habíanse reunido en la sala grande con su jefe, cuando llegó un compañero.

—¡Dan “el Silbador”, ha encerrado a Haines en el calabozo de El Ker!

“El Callado” entró en la prisión de Kate, pero retrocedió al ver a “Nerón”.

—Sujeta a ese perro.

Kate llamó a “Nerón”, que obedeció de mala gana.

—¿A qué viene usted aquí? —preguntó la joven.

—A decirte que Dan metió a Haines en la cárcel, y que tú tienes que obligarle para que lo ponga en libertad.

Un no rotundo fué la respuesta de la muchacha.

—Te advierto que pronto cambiarás de manera de pensar—advirtióle “el Callado”.

En efecto, algunas horas después, “el Callado” volvía a entrar en la estancia de Kate y mandaba a uno de sus hombres que abriese una puerta que daba a una habitación contigua y de la que salió el viejo Cumberland, a quien los bandidos habían secuestrado también para obligar a Kate a seguir las indicaciones de su jefe.

—Y ahora, ¿harás lo que te digo?... Si Haines no está aquí dentro de veinticuatro horas, ahorcaré a tu padre.

La espantosa amenaza decidió a la joven, que abrazó una vez más a su padre, antes de salir para obedecer las órdenes de “el Callado”.

Guiada por “Nerón”, cuyo instinto maravilloso no se equivocaba nunca, Kate encontró a Dan en la montaña.

—Dan, tienes que sacar a Haines del calabozo—le dijo la joven al verlo.

El la miró con dolorosa sorpresa.

—¿Que yo ponga en libertad a... Haines?

—Sí, nunca sería dichosa si así no lo hicieses.

Y una vez más, Dan interpretó mal las palabras de la joven. Volvió a mirarla con ojos en los que había desesperación y despecho, y, afirmándose en los estribos, aseguró:

—Bien, ya que así loquieres, lo pondré en libertad.

Por el tono de aquellas palabras, ella presintió algo, y gritó:

—La vida de mi padre depende de lo que hagas.

Pero Dan ya estaba lejos y no podía oírla. Sin embargo, Kate alzó su voz aún:

—¿No comprendes, Dan?... ¡Es la vida de mi padre!... Por eso, sólo por eso, te lo pido...

III

En El Ker habíanse desencadenado dos tempestades: la de los elementos y la de las pasiones humanas.

Llovía torrencialmente cuando Dan llegó al pueblo, a la misma hora en que los vecinos, amotinados, entraron en casa del sheriff, al que cominaron, diciéndole:

—Por última vez, sheriff, le preguntamos si usted va a entregarnos a Haines para que lo colgemos por nuestra cuenta.

En aquel instante apareció el protegido de Cumberland.

—Dan, ¿estás de nuestra parte?

Por toda respuesta, Dan disparó sus pistolas, derribó al sheriff y apoderóse de las llaves del calabozo en que había sido encerrado Haines, al que puso en libertad.

En cuanto los vecinos de El Ker se dieron cuenta de lo que sucedía, lanzáronse en persecución de los fugitivos.

Avanzada la noche, Dan se detuvo y dijo a Haines:

—No he hecho esto por salvar tu pellejo, sino

por Kate, que te está esperando. Corre a su lado, antes de que me arrepienta.

Ya estaba lejos Haines cuando Dan comenzó a sentir los efectos del balazo con que el sheriff de El Ker había tratado de impedir que su autoridad fuese desconocida.

Entonces, tendióse sobre su caballo y abandonó lasbridas, dejando que "Satán" le condujese a lugar seguro.

A todo esto, Haines, llegaba al rancho de la partida y preguntaba a "el Callado":

—¿Dónde está Kate?

—En la cabaña, con su padre.

La muchacha, al ver al culpable de su secuestro, se irguió con altivez.

—¿No te alegras de verme?—le dijo Haines?

Ella lo miró con ojos llameantes.

—¿Qué quiere usted?

—Pero... ¿no fué usted la que ordenó a Dan que me pusiera en libertad?

—Me vi obligada a hacerlo para salvar la vida de mi padre... ¡Ahora, retírese de aquí!

La decepción más profunda reflejóse en el rostro del bandido, que dejó la cabaña humillado.

—¿De dónde diablos sacaste que te quería esa muchacha?—preguntó "el Callado", que había oído la repulsa que Kate diera a su compañero.—A ti te gusta esa joven y a mí también. De modo que se me ocurre la solución si-

guiente: alejémonos de la cabaña durante cuarenta y ocho horas y, así que transcurran, volveremos a ella para obligar a Kate a que elija entre tú y yo.

Mal sofocada su irritación por el desengaño sufrido, Haines aceptó la propuesta de su jefe.

La mañana estaba llena de sol. Después de la tormentosa noche anterior, el nuevo día amaneciera encendido y luminoso.

Dan, a quien su caballo condujera hasta la casa de los padres de Daniel Bruck, encontrábase mucho mejor, y reposaba en el lecho que le habían preparado el reconocido matrimonio y su hijo.

Daniel, que velaba su sueño, tomó una decisión suprema y dijo a sus padres:

—Le he oído llamar a Kate durante toda la noche y decía que la muchacha estaba en poder de "el Callado". Yo no olvido lo que hizo por mí, y ahora voy a tratar de hacer algo por él.

Aquella noche, mientras los de la cuadrilla jugaban, Daniel presentóse en el rancho. Ya sabía que Kate y su padre estaban en la cabaña.

—¿Dónde te has metido que no se te ha visto el pelo desde hace tiempo?—le preguntó el jefe.

—Mi madre ha estado enferma—excusóse Daniel.

—Cerca de las doce, los bandidos se retiraron a descansar, y "el Callado" ordenó a Daniel:

—Ve a relevar a José, que hace guardia en la cabaña.

Al día siguiente, como resultado del relevo, Kate y su padre llegaban a la casa de los padres de Daniel, donde aún seguía Dan.

La muchacha explicóle entonces a “el Silbador” los motivos que influyeran en su conducta para pedirle la libertad de Haines.

—¿No comprendes que todo fué por salvar la vida de papá?

El se dejó convencer y de nuevo la paz se hizo en su alma, ensombrecida desde unos días atrás.

Regresaron juntos al pueblo.

—¿No te quedas con nosotros?—le rogó Kate, viendo que Dan se disponía a partir de nuevo.

—Nada ni nadie puede detenerme. Tengo que matar a “el Callado”. La muerte de Tex Calder dió nueva fuerza al voto que hice... ¡Y lo cumpliré!

Kate no intentó oponerse a la voluntad de Dan. Sabía que el espíritu del indomado no sufría la menor contradicción, y lo dejó marchar, mientras ella se quedaba esperándole llena de inquietud.

Mientras tanto, en el rancho, “el Callado” dirigiéase a la cabaña, aún cuando el plazo de las cuarenta y ocho horas no expirara todavía; pero entre bandidos los compromisos son como

pluma al viento: están a merced de cualquier capricho.

La sorpresa de “el Callado” al encontrar vacía la cabaña, no es para dicha. El centinela de vista estaba amarrado y con un pañuelo en la boca.

—¿Qué ha pasado?

—Me dieron un palo en la cabeza y, cuando volví en mí, ya se habían ido el viejo y la muchacha... ¡Desátame!

“El Callado” pensó en seguida en Daniel.

—Tú has sido el traidor!... ¿Por qué los dejaste escapar?

—Para pagar una deuda—contestó Daniel.

—Ya no quiero tener nada que ver con ustedes.

“El Callado” sacó la pistola y la amartilló.

—¿Sabes cuál es la ley de la partida?—preguntó.

Daniel preparó también su pistola y los dos hombres se pusieron de espalda.

De pronto apareció Dan; de un disparo apagó la luz y en medio de las sombras sus ojos de buho apuntaron a los bandidos, haciendo caer a uno tras otro.

Presintiendo de quién partía la agresión, “el Callado” se puso en salvo.

—Ha huído—dijo Daniel a Dan.

Sólo él se había salvado; pero Dan no cejaba en sus propósitos.

Y hora tras hora, un día y otro, “el Callado” oyó detrás de sí el silbido implacable de Dan, que lo perseguía sin dejarse ver.

Lo mismo en las sombras que en la luz, en el bosque que en la montaña, "el Callado" oía aquel aviso que lo amenazaba con una muerte implacable.

Primero pensó en huir, pero el caballo de Dan era más ágil que el suyo y tuvo que renunciar a la fuga.

A veces deteníase exasperado, queriendo hallarse con su enemigo, mas éste desvaneciase como un fantasma.

Y el sibilido sonaba siempre.

"El Callado" temió volverse loco.

Al fin, después de muchas noches de persecución, durante las que el persistente sibilido no le abandonó nunca, sin que él supiera de dónde venía, aunque surgía de todas partes, a la vuelta de cada árbol y de cada encrucijada, "el Callado", sintiendo que su nervios no podían resistir más, prefirió encontrar a su enemigo cara a cara para acabar de una vez.

Y retó a su perseguidor, fijando, en lugar visible de una taberna de un pueblo próximo, su reto, que decía así:

"Desafío a Dan "el Silbador", a que me espere aquí a las tres de la tarde."

"El Callado".

A las tres menos cinco, "el Callado" acudió a la taberna.

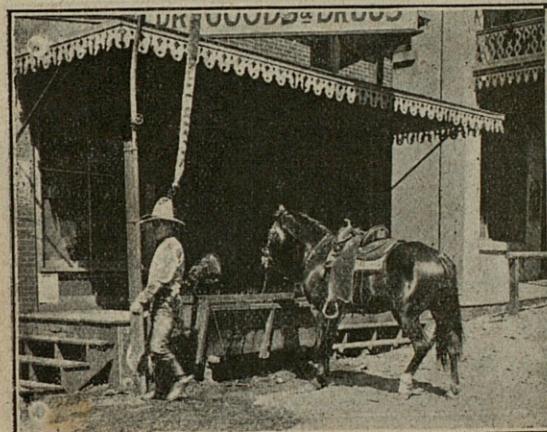
Y a las tres en punto apareció Dan, quien se detuvo en el marco de la puerta y miró fijamente al asesino de Calder.

Luego avanzó hasta él.

Del grupo de curiosos que acudieron al anuncio del reto, destacóse un hombre, que se aproximó a los dos rivales.

—Soy el sheriff de este pueblo—dijo—y el duelo será como a mí me plazca.

"El Callado" no replicó y Dan encogiése de



Y a las tres en punto apareció Dan...

hombros.

—Os colocaréis espalda con espalda—añadió el sheriff.—Luego daréis cinco pasos... y, después, fuego... ¿Comprendido?

Dan y "el Callado" se volvieron, dándose la espalda. En seguida avanzaron un paso, otro

y otro... Antes de dar los cinco, "el Callado" se volvió y disparó. Pero Dan lo había previsto y, agachándose, hizo blanco en su enemigo tum- bándolo de un balazo.

Al verlo caer se acercó a él, inclinóse, vió que estaba muerto y puso sobre su pecho la insignia



Poco después, "Satán" y "Nerón" eran dóciles testigos...

de sheriff que Calder le entregara al morirse.

Y, sin mirar a nadie, como si aquello fuese lo más natural del mundo, dirigióse a la puerta y salió, dejando tras sí el eco de su silbido.

La tensión del asombro dilató el rostro de los que habían presenciado el desafío.

El sheriff recogió la insignia que Dan dejara sobre el pecho de "el Callado", y la mostró a todos, diciendo:

—Es la de Tex Calder... Dan ha sido su vengador.

Poco después, "Satán" y "Nerón" eran dóciles testigos de las cariñosas expansiones de Dan y Kate, que se estrechaban febrilmente contra su corazón, prometiéndose inmenso amor.

* * *

Ha concluído el invierno. La primavera luce su frescas gracias de doncella y las aves vuelan hacia el Norte.

Dan y Kate, apoyados en la cerca que rodea la casa de Cumberland, disfrutan las primeras alegrías nupciales, que el invierno último hubo de turbar la partida de "el Callado".

Dan sigue siendo el mismo: el indomado. Pero la luz que ilumina sus ojos cuando estrecha en sus brazos a Kate, es azul, y ella no teme el resplandor amarillo que la cólera enciende en sus pupilas, porque está segura de que los besos han amansado a la fiera que su prometido llevaba dentro.

FIN

(Revisado por la censura militar)

Próximo
Número

La magnífica
y sentimental
Novela Cine-
matográfica:

COMO AMAN LAS MUJERES

Creación
de

Betty Blythe

SELECCIONES CAPITOLIO

CONCESSIONARIO: S. Huguet

Provenza, 292-Barcelona

Postal-escena:

ROSCOE
ARBUCKLE
(FATTY)

Colecciones completas y números
sueltos atrasados a precios corrien-
tes, de venta, en LA SOCIEDAD GE-
NERAL ESPAÑOLA de LIBRERÍA, s.a.
Barbará, 16 - BARCELONA,
en sus Agencias de Provincias
y en todos los Kioscos de España

• NÚMEROS PUBLICADOS •

N.º	NOVELA	Postal-Escena
1	Los Guapos o Gente brava	El joven Medardus
2	Las dos riquezas	El Prisionero de Zenda
3	Vanidad Femenina	La Batalla
4	Los cuatro jinetes del apocalipsis	Los enemigos de la mujer
5	Las esposas de los hombres ricos	Violetas Imperiales
6	Dering, El Negro	Mary Pickford
7	En poder del enemigo	Thomas Meighan
8	Heliotropo	Bebé Daniels
9	Corazón triunfante	Douglas Mac Lean
10	Por la puerta de servicio	Ethel Clayton
11	Murmuración	Charles Ray
12	El Indomado	Vivian Martin

